

EL FUTURO IMAGINADO

Miquel Barceló

Para muchos, la ciencia ficción parece una buena fuente de predicciones sobre el futuro que nos deparan la ciencia y la tecnología. Pero lo cierto es que las múltiples y variadas predicciones de la ciencia ficción tienen la misma seguridad que, por ejemplo, las del tarot u otras "artes" adivinatorias: haciendo miles de predicciones sobre el futuro, es posible que alguna se cumpla. Nada más.

Y, por si ello fuera poco, no es oro todo lo que reluce: hay presuntas predicciones que no lo han sido en absoluto. El ejemplo paradigmático es el submarino *Nautilus* que Julio Verne describiera en *20.000 leguas de viaje submarino* (1870). Pese a lo que pueda parecer, no hubo predicción en ello: la idea de la navegación submarina ya era conocida y había sido seriamente analizada en un estudio de William Bourne fechado en el lejano 1578. En mayo de 1801, Robert Fulton, con soporte económico de Napoleón, construyó un proto-submarino para cuatro personas y le llamó precisamente *Nautilus*. Incluso el *Ictineo* del catalán Narciso Monturiol, se construyó en 1857 y su primera prueba se realizó con éxito en el puerto de Barcelona en 1859, antes de la novela de Verne. Además, el 17 de febrero de 1864, en el puerto de Charleston, como una acción más en la guerra civil norteamericana, el proto-submarino "*H.L.Hunley*" de la Confederación atacó con un torpedo al "*Housatonic*" de la Unión. Verne no imaginó el submarino, sólo lo utilizó en su novela, eso sí, al servicio de un héroe solitario, más bien antisocial y, evidentemente, un tanto misógino.

Hay casos excepcionales de buenas predicciones tecnológicas, como el uso real de la propulsión iónica en la sonda *Deep Space 1* que la NASA lanzó el 24 de octubre de 1998. Se trata de un sistema propulsor parecido al que utilizaba, en la ficción, la nave *Enterprise* de la famosa serie *Star Trek*. Pero aunque, a veces, la flauta tecnológica suene aunque sólo sea por casualidad, en general, salvo raras excepciones, el aparato o artefacto en concreto o sus funcionalidades no pueden llegar a ser anticipadas con certeza.

Pero si los artefactos en concreto son difíciles de imaginar, afortunadamente en muchos casos, como sugería Isaac Asimov en su definición de ciencia ficción, sí se puede especular "*sobre la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología*". Eso es lo que permite al lector de ciencia ficción estar en cierta forma "algo adelantado" a la mayoría de sus coetáneos, sobre todo en un mundo en el que la ciencia y la tecnología nos acercan de forma cada día más acelerada al futuro.

Un ejemplo evidente de esa preparación previa del lector de ciencia ficción se da en la consideración de la posibilidad de la clonación humana. Para la mayoría de la sociedad, éste es un fenómeno que interesó sólo cuando, en febrero de 1997, se logró el éxito al clonar el primer mamífero de la historia: la oveja Dolly. Inmediatamente todo el mundo empezó a especular en torno a la posibilidad real de la clonación de otros mamíferos. Humanos incluidos.

Como era de esperar, en 1997 hubo todo tipo de reacciones sobre la clonación humana: manifestaciones conminatorias del Sumo Pontífice de la iglesia católico-romana, declaraciones solemnes de la UNESCO sobre ética en la ingeniería genética, e incluso la conversión de la inocente ovejita Dolly en el personaje del año 1997 en algunas revistas estadounidenses.

Lo cierto es que a algunos el debate nos sonaba a viejo. Los autores y los aficionados a la buena literatura de ciencia ficción llevábamos ya años analizando bastantes de las posibles consecuencias de la clonación en los seres humanos. A muchos niveles. Incluso desde 1932, cuando apareció *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. Aún cuando fueron realmente los años setenta los más fructíferos en el tratamiento del tema de la imaginada clonación humana.

Mas de sesenta años después de Huxley, la sociedad se detiene a cuestionarse algo que los lectores de ciencia ficción ya han analizado desde muchos puntos de vista gracias a relatos como *Nueve vidas* (1968) de Ursula K. Le Guin, y a novelas como *Donde solían cantar los dulces pájaros* (1976) de Kate Wilhelm, *La quinta cabeza de Cerebro* (1972) de Gene Wolfe, *Y algunos eran clones* (1977) de John Varley, o esa larga y compleja novela casi definitiva que es *Cyteen* (1988) de C.J. Cherryh.

Aún con muchos errores y falsas predicciones, la ciencia ficción viene a ser una curiosa modalidad narrativa de la prospectiva. Pero no conviene engañarse: hay que saber separar el trigo de la paja y sobre todo, centrarse en ese difícil análisis de "la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología". Como debe ser.